

UTOPIAS

Número
3
Julio-
septiembre
de 1989

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

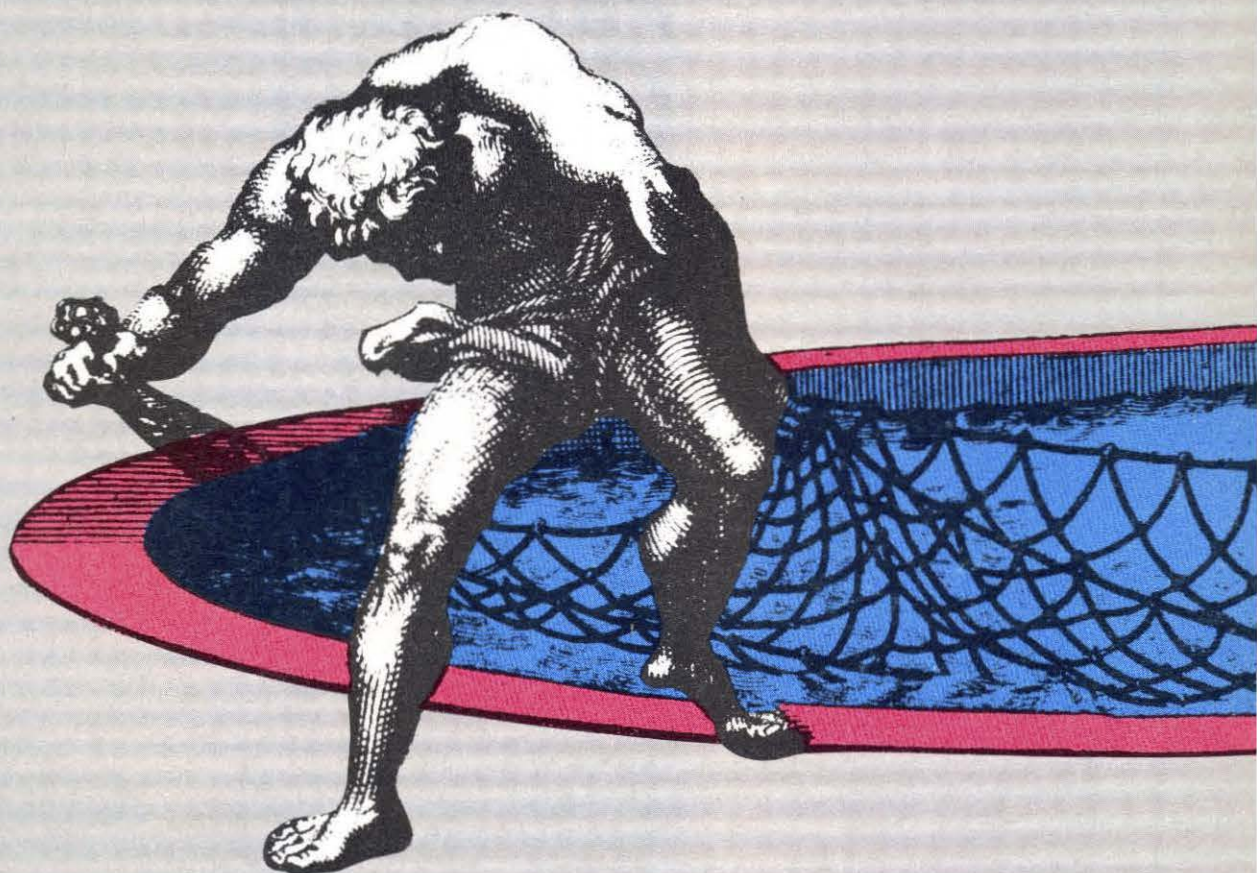
Claudio Magris: *Las alegrías del desclasado*

Luis Villoro: *¿De qué hablamos cuando hablamos de modernidad?*

Joaquín Sánchez Macgrégor: *El descubrimiento de América*

José Luis González: *La Universidad y los escritores*

Horacio Costa: *El significado de la visualidad en la poesía brasileña*



Dossier: *Ciencia y modernización del país*

Arturo Azuela, Augusto Fernández Guardiola, Luis de la Peña

■ Federico Álvarez/*Notas sobre el eclecticismo contemporáneo en Europa y América* ■ Gerardo de la Fuente Lora / *En el bicentenario de la revolución francesa* ■ Carlos Chimal/*Las piedras están llenas de entrañas* ■ Elsa Cross/*Los poemas de Antar* ■ Carlos Gómez Carro/*La pirámide y la fuente*

4 mil pesos

UTOPIAS

Número 3
 Julio-septiembre de 1989

Director: Arturo Azuela

Coordinador: Sergio Pitol

Consejo editorial: Federico Álvarez,
Hermann Bellinghausen, Elisabetta Di
Castro, Esther Cohen, Ana María
Escalera, Gerardo de la Fuente Lora,
Anamari Gomís, Juan Meléndez, Cesáreo
Morales

Administración general: Juan Meléndez

Auxiliar: Luis Gómez

Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM
Secretaría General
Ciudad Universitaria; Coyoacán; 04510 México, D.F.
Teléfono 548 14 52

Utopías no responde por textos no solicitados

Producción editorial: *Equipo Editor, S.C.*; Ámsterdam, 33-B;
primer piso; colonia Hipódromo; 06100 México, D.F.;
teléfono 211 86 86 Cuidado de la edición: *María del
Carmen Merodio* y *Miguel Ángel Guzmán* / Diseño
y diagramación: *Fernando Rodríguez*



Cuestiones de teoría

- Conflictos en el descubrimiento de América, *Joaquín Sánchez Macgrégor* 2
Notas sobre el eclecticismo contemporáneo en Europa y América, *Federico Álvarez* 7
Apuntes sobre el significado de la visualidad en la poesía brasileña, *Horacio Costa* 15

El acontecimiento

- ¿De qué hablamos cuando hablamos de *modernidad?*, *Luis Villoro* 29
En el bicentenario de la revolución francesa, *Gerardo de la Fuente Lora* 32

Cultura y crítica

- Las piedras están llenas de entrañas, *Carlos Chimal* 35
Los poemas de Antar (Fragmento), *Elsa Cross* 43
La Universidad y los escritores / Pasado y presente, *José Luis González* 46
La pirámide y la fuente, *Carlos Gómez Carro* 51
Las alegrías del desclasado / O la literatura moderna y la fuga en el malestar, *Claudio Magris* 56

Dossier

- Historia de la ciencia, ¿para qué?, *Arturo Azuela* 63
El conocimiento científico, su impacto social y la modernización del país, *Augusto Fernández Guardiola* 67
¿La investigación científica para una modernización deformada? / Desarrollo o expansión, *Luis de la Peña* 73

Libros e información

- Los narradores de ficción, *Ana María Escalera* 82
Indiscretos espejos, *Hermann Bellinghausen* 83

Las ilustraciones del presente número están tomadas de *Old English Cuts and Illustrations for Artists and Craftspeople*, Bowles & Carver, Dover Publications, Nueva York, 1970; *El mundo físico*, Amadeo Guillemin, Montaner y Simon Editores, Barcelona, 1882; *Miau, dijo el gato*, Rafael López Castro y Felipe Garrido, Ediciones del Ermitaño, México, 1984; *Sueños privados, viglias públicas*, varios autores, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1981; archivo gráfico de Equipo Editor, S.C.

La Universidad y los escritores

Pasado y presente

José Luis González

José Luis González. Maestro en letras de la UNAM. Actualmente es profesor de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde dicta la cátedra extraordinaria "Samuel Ramos". Entre sus publicaciones se encuentran: *Novela y cuento en el siglo XX* (1973) y los libros de relatos *La galería y otros cuentos* (1972) y *La balada de otro tiempo* (1978).

“**H**ombres de letras” fueron, como era natural, los primeros maestros de la Universidad Real y Pontificia de México, cuyos cursos —Teología, Escritura, Cánones, Decreto, Instituta, Leyes, Artes, Retórica y Gramática— se inauguraron el 3 de junio de 1553. No a todos ellos, sin embargo, los llamaríamos hoy *escritores* en el sentido que, justa o injustamente, ha venido a adquirir el término como sinónimo de *literato*, o

sea, el cultivador de la literatura como una de las bellas artes. Ateniéndonos a esa acepción, demasiado restringida tal vez, el primer escritor de nota al que podríamos vincular históricamente con la Universidad mexicana sería el doctor Francisco Cervantes de Salazar.

Nacido en Toledo hacia 1515, Cervantes de Salazar, además de desempeñar altos cargos eclesiásticos en España, fue catedrático de Retórica en la Universidad de Osuna e imprimió en Alcalá de Henares, en 1546, *Las obras que Francisco Cervantes de Salazar ha hecho, glosado y traducido*. Éstas son: *El diálogo de la dignidad del hombre*, del maestro Hernán Pérez de Oliva, continuado por Cervantes; el *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*, del protonotario Luis Mejía, glosado y moralizado por nuestro autor; y el tercero de la *Introducción y camino para la sabiduría*, de Luis Vives, traducido del latín por Salazar. Ninguno de esos trabajos, obviamente, nos permitiría considerarlo como el primer universitario-escritor mexicano. La obra que sí lo hace acreedor, sin duda alguna, a este honroso título es la que compuso siendo ya catedrático de la Real y Pontificia de México, adonde había llegado en 1550 o 1551. Se trata de los tres diálogos que escribió sobre la Universidad y la ciudad capital de la Nueva España. El primero de ellos versa sobre la Universidad y es, en palabras de Julio Jiménez Rueda, “documento importantísimo para la historia del

pensamiento nacional”. El segundo narra un paseo por el interior de la ciudad de México, y el tercero describe los alrededores de la misma. Escritos en latín, fueron traducidos al castellano por el erudito don Joaquín García Icazbalceta y publicados en 1875 bajo el título general de *México en 1554*, como seguimos conociéndolos hoy. Escribió además Cervantes de Salazar una *Crónica de Nueva España*, un comentario de la jura de Felipe II y el *Túmulo Imperial*, que relata las solemnes exequias que se hicieron a Carlos V en la ciudad de México. Los tres sonetos al emperador que se recogen en esta última obra pertenecen probablemente a la pluma del primer cronista de nuestra capital.

Alumno, si no maestro, de la Real y Pontificia, donde se doctoró en 1581, fue Eugenio Salazar de Alarcón, poeta madrileño que, como dice Menéndez y Pelayo, trajo a la Nueva España una poesía “blanda y apacible a la manera de Garcilaso”, lo que no le impidió dar a sus poemas, según el mismo erudito peninsular, “dar a sus paisajes color local y americano, sin rehuir los nombres indígenas, aunque sean tan ásperos como los de Tepecingo y Teapulco, o tan poco divulgados como Milpa y Yozotl”. Con este poeta, afirma Jiménez Rueda, “aparece en la Nueva España la primera manifestación de la poesía descriptiva, que tan señalado lugar ocupa en la poesía hispanoamericana”.

Bachiller tal vez, pero licenciado seguramente por la Universidad de México, fue el más importante de los poetas novohispanos del dieciséis: Bernardo de Balbuena. Nacido en España hacia 1562, pasó muy niño a México y aquí vivió hasta 1607, cuando regresó a España y se doctoró en Teología en la Universidad de Sigüenza. En 1608 fue elegido abad de Jamaica y en 1623, obispo de Puerto Rico, donde murió en 1627. Su obra maestra poética, *Grandeza mexicana*, le valió



ser considerado, siglos más tarde, por el ya citado Menéndez y Pelayo, como el "primer poeta genuinamente americano, el primero en quien se siente la exuberancia y desatada fecundidad genial de aquella prodigiosa naturaleza".

En el siglo XVII pasan por las aulas de la Universidad mexicana algunos de los más preclaros ingenios literarios de la sociedad colonial. Sobresale entre ellos Juan Ruiz de Alarcón, una de las luminarias del teatro del Siglo de Oro español. Nacido en Taxco o en México (la duda persiste hasta ahora) en 1580 o 1581, viajó a España en 1600. Estudió durante cinco años en Salamanca y después ejerció la abogacía en Sevilla. Regresó a México en 1608, se graduó de licenciado en Derecho por la Real y Pontificia, y aspiró a las cátedras de Instituta, Decreto y Código, que no obtuvo, dicese que a causa de la joroba que afectaba su aspecto físico. En los dones de observación de Juan Ruiz de Alarcón advirtió el gran crítico dominicano Pedro Henríquez Ureña una muy discernible mexicanidad:

La observación maliciosa y aguda, hecha con espíritu satírico, no es privilegio de ningún pueblo; pero si bien el español la expresa con abundancia y desgarro..., el mexicano las guarda socarronamente para lanzarlas, bajo concisa fórmula, en oportunidad inesperada. Las observaciones breves, las réplicas epigramáticas abundan en Alarcón y constituyen uno de los principales atractivos de su teatro.

La otra figura cimera de la vida literaria y académica mexicana del siglo XVII fue el erudito y polifacético Carlos de Sigüenza y Góngora. Destacó más como hombre de ciencias —matemáticas, astronomía, cosmografía, física, etcétera— que como cultivador de las bellas letras. Pero al narrar en prosa amena y directa los *Infortunios de Alonso Ramírez*, aventurero puertorriqueño de

su tiempo, dio a la futura novelística hispanoamericana uno de sus textos precursores.

Otro adelantado de la novela en nuestras tierras fue también universitario novohispano. Los *Sirgueros de la Virgen sin pecado concebida* es, en efecto, una fábula pastoril compuesta en 1620 por el bachiller Francisco Bramón, cancelario (o sea, autoridad pontificia y regia para dar los grados) de la Universidad.

Durante sus dos primeros siglos de existencia cumplió la Universidad novohispana una importante tarea de lo que hoy llamaríamos difusión cultural, sobre todo en el campo de la literatura, a través de numerosos certámenes, justas o torneos literarios. Mencionemos tan sólo algunos de los que en este período tuvieron lugar. En 1578, para celebrar la llegada de las reliquias enviadas por el papa Gregorio XIII; en 1585, en honor del Santísimo Sacramento y con motivo del tercer Concilio mexicano; en 1586, en honor del virrey marqués de Villamanrique; en 1618, del gremio de plateros en honor de la Inmaculada Concepción; en 1663, por la canonización de san Pedro Nolasco; en 1665, para conmemorar la restauración del templo de la Concepción; en 1673, por la canonización de san Francisco de Borja; en 1682, en honor de la Purísima Concepción... Este último, reseñado por Sigüenza y Góngora en su *Triumpho Parthenico*, fue, como varios otros, auspiciado por la Universidad con el apoyo del virrey y la Audiencia; y en él participaron más de cincuenta poetas.

El papel de centro de producción y difusión literarias de la Universidad decayó en el siglo XVIII como resultado de la competencia que representaron los colegios de la Compañía de Jesús. Los principales talentos literarios de entonces —los oficialmente reconocidos cuando menos, porque también existió a lo largo de toda la historia colonial una rica producción literaria clandestina y perseguida cuyo estudio habrá

de depararnos todavía interesantes sorpresas— fueron, en efecto, colegiales jesuitas. Así, el poeta veracruzano Francisco Javier Alegre, historiador de nota en su *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús en la Nueva España* y geógrafo importante en su *Carta geográfica del hemisferio mexicano*, pero también excelente poeta en el *Alexandriados*, poema latino sobre la conquista de Tiro por Alejandro Magno, y en su traducción al latín de la *Iliada*.

Guatemalteco de origen, pero estrechamente vinculado con México por su vida y por su obra, fue el también jesuita Rafael Landívar, autor de la *Rusticatio Mexicana*, admirable por el inconfundible color americano de sus versos latinos.

El dieciocho, sin embargo, en México, como en el resto de América, fue siglo más dado a la historia, la filosofía y el pensamiento político, que a la literatura de imaginación, que había reinado, por influjo del



Siglo de Oro hispánico, en las épocas anteriores. De todos modos, lo que más importa señalar es que, en ese primer dilatado periodo de su existencia, la Universidad mexicana fue parte integrante y fidelísima del orden establecido (de lo que hoy, en una jerga sociológica seducida por los anglicismos, llamaríamos el *establishment*). No fue en ningún momento una institución crítica y mucho menos impugnadora de las costumbres y los valores oficiales; y los escritores que en ella hallaron cabida —y estipendios— se cuidaron escrupulosamente de toda heterodoxia. Por sus aulas, es cierto, pasó como estudiante de Teología el mordaz y desenfadado José Joaquín Fernández de Lizardi, pero en su obra periodística y novelesca difícilmente pueden hallarse rastros del “espíritu universitario” de su época.

Los primeros brotes independentistas que agitaron la vida política de la Colonia no partieron, ciertamente, de

aquella Universidad invariablemente identificada con los intereses de la metrópoli. Menos de un año antes del estallido de la insurrección emancipadora encabezada por el ilustrado padre Hidalgo, el doctor Matías de Monteagudo convenció fácilmente a los miembros del Claustro de que la Universidad ofreciera ayuda económica al virrey para sostener los gastos de la guerra que España libraba contra Francia. La Universidad mandó acuñar una medalla con el busto de Fernando VII, llevó a cabo un “magnífico paseo” dedicado al “amado monarca” y convocó a un certamen literario en su honor. “Este certamen”, nos dice la *Síntesis histórica de la Universidad de México*, publicada por la UNAM en 1975, “que fue el último acto literario público que llevó a cabo la Universidad, es una muestra, tanto del bizantinismo a que se había llegado, como de la devoción que se profesaba a los reyes españoles y a la fuerte tendencia monárquica que existía entre muchos”.

Desatada ya la guerra de Independencia, el virrey Francisco Javier Venegas solicitó de la Universidad su apoyo con el objeto de evitar las pugnas entre “españoles ultramarinos y españoles americanos”. A esta solicitud respondió el rector, don José Julio García Torres, con un escrito en el que se exponía la necesidad de terminar con los movimientos armados. El escrito fue impreso en 2 mil ejemplares y distribuido gratuitamente a todos los tribunales, cuerpos y público de la capital y a los obispados e intendencias. No existía entonces, desde luego, una prensa comercial en la que pudiera publicarse el texto del señor rector en forma de *desplegado* oficial, pero no cabe duda de que se hizo lo que se pudo. Su lealtad al régimen, sin embargo, no dejó de costarle cara a la Universidad; en vista de que sus fondos disponibles le fueron entregados al virrey, fue necesario pedir, para los gastos posteriores, un préstamo y beneficiar tres

borlas. Cuenta don Alberto María Carreño en su historia de la Real y Pontificia que “las frecuentes exacciones de dinero provocaron murmuraciones y quejas de muchos universitarios”; pero no se sabe de ninguno que, siendo escritor, haya defendido con su pluma a la institución. De poco hubiera servido esa defensa, en todo caso, puesto que la sostenida identificación de la Universidad con el *statu quo* colonial determinó su clausura al advenir la Independencia.

En las luchas entre liberales y conservadores, que consumieron buena parte del siglo XIX, la Universidad desapareció primero con la ley de clausura expedida por Gómez Farías, reapareció para volver a desaparecer en la época de Comonfort y surgió nuevamente en el breve gobierno de Zuloaga para extinguirse definitivamente con Maximiliano.

No quedó por ello, sin embargo, huérfano el país de órganos de educación superior al triunfo de la República liberal. En 1867 se creó la Escuela Nacional Preparatoria, primer bastión académico de la filosofía positivista en México, bajo la dirección del doctor Gabino Barrera. Siguió funcionando, adscritas al Ministerio de Instrucción Pública, las escuelas de Medicina, Jurisprudencia e Ingeniería. En 1869 se reglamentaron los estudios de Agricultura y Veterinaria, Comercio y Administración, y Bellas Artes, y se creó una Academia de Ciencias y Literatura. Y en 1885 se estableció la Escuela Normal para Profesores, en cuyo cuerpo docente figuraban eminentes personalidades como el escritor Ignacio Manuel Altamirano, primer teórico y exponente del nacionalismo literario mexicano.

Al crearse la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, en 1905, le fue confiada su dirección a don Justo Sierra, quien desde 1881 había venido pugnando por la fundación de una nueva universidad. El proyecto quedó frustrado enton-



ces frente a tres objeciones fundamentales. En primer término, ha explicado Juan Hernández Luna en *La Universidad de Justo Sierra*, se objetó que el proyecto venía a revivir la Real y Pontificia Universidad de México.

¿Por qué se quiere resucitar, se dijo, una cosa que está muerta y que ha muerto bien? La Universidad fue un cuerpo que dejó de tener funciones adaptables a la sociedad y por eso hizo bien el partido liberal en matarla y enterrarla. ¿Por qué, entonces, resucitarla ahora?

La segunda objeción fue ésta: el proyecto... concibe la Universidad como una corporación autónoma frente al Estado. ¿Cómo el gobierno va a crear una institución independiente, entregándola para que la gobiernen personas ajenas a él?, ¿cómo el gobierno va a consentir en desprenderse de una suma de sus facultades para que otro gobierne la casa que él paga?

La otra objeción se formuló así: "¿Cómo fabricáis una alta institución, un vasto edificio de enseñanza superior, y no le dais la base suficiente? Esto equivale a erigir una pirámide invertida, en equilibrio inestable, que no podrá sostenerse". Si no hay una educación primaria suficientemente sólida, "¿para qué queréis esta corona, para qué llegar hasta la instrucción superior, hasta la que sirve para crear la ciencia, si los elementos de donde todo habrá de nutrirse no están preparados?"

Esta última objeción, dijo el propio Sierra, fue la que "realmente me decidió a abandonar este proyecto a su suerte, o su mala suerte". Y convino en posponerlo hasta que la educación primaria, secundaria y profesional estuvieran suficientemente desarrolladas y organizadas.

Más de veinte años después, en 1902, al inaugurarse el Consejo Superior de Educación Pública, anunció Justo Sierra que se propondría al Poder Legislativo establecer una Uni-

versidad Nacional que, de espaldas al pasado, sólo miraría "al porvenir". Volvió sobre el tema en 1905, en una reunión del mismo Consejo, y en 1907, en su informe como secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. La iniciativa de ley se presentó por fin el 26 de abril de 1910, y quedó aprobada y promulgada como ley el 26 de mayo del mismo año. Así nació la Universidad Nacional de México, a la que Justo Sierra, para desvincularla de la antigua colonial y conservadora, declaró carente de "árbol genealógico" y comprometida sólo con el porvenir de la nación. No parece probable que el ilustre escritor y maestro, al afirmar esto último, haya pretendido que ese porvenir habría de hacerse dramáticamente presente unos cuantos meses más tarde, al estallar la revolución mexicana, que tantas cosas vendría a cambiar en el país, incluida la nueva Universidad.

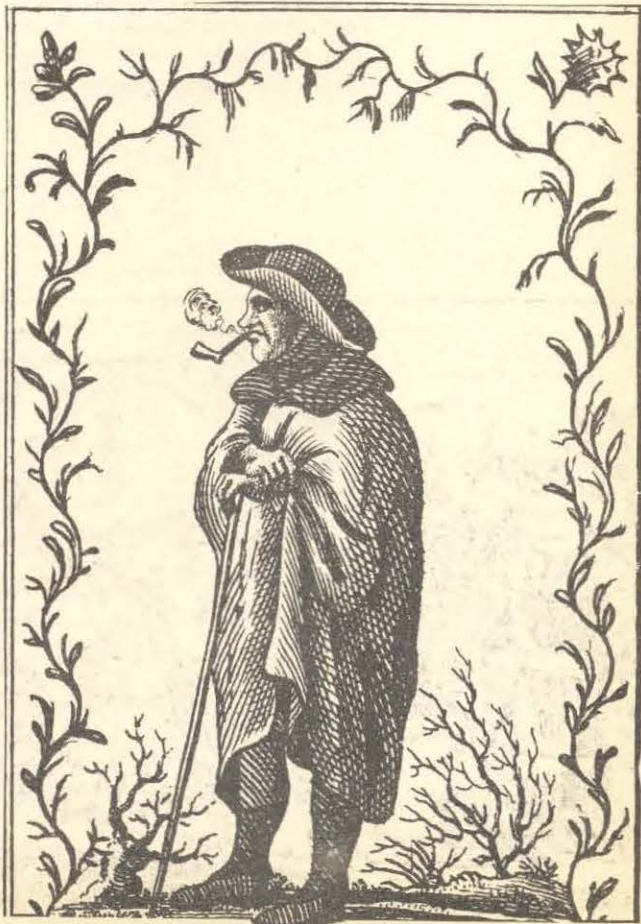
No es éste, obviamente, el lugar indicado para reseñar la historia de la máxima casa de estudios de México en el periodo posrevolucionario. Cabe señalar, sí, que los dos momentos más importantes de su evolución han sido sin duda la concesión (no solicitada, por cierto) de su autonomía respecto del Estado en 1929 y la aprobación por el Congreso de la Unión de la Ley Orgánica de la Universidad en 1944. En los momentos en que se escriben estas líneas, abundan los indicios de que la institución, al igual que el resto de la sociedad a la que debe su existencia y en cuyo servicio encuentra su más legítima razón de ser, se apresta a enfrentar los desafíos de los cambios y transformaciones que una nueva etapa de su desarrollo le impone al país entero.

Si bien en todos los periodos de su larga vida la Universidad mexicana ha contado con la presencia y el concurso de figuras importantes de la literatura nacional en su personal académico, no cabe duda de que esa presencia y ese concurso han

aumentado notablemente en las últimas cuatro o cinco décadas. Esto obedece a diversas razones, pero la más perceptible de ellas parece ser el crecimiento y desarrollo de la Facultad donde por motivos naturales se concentra la enseñanza de la literatura en la Universidad, o sea, la Facultad de Filosofía y Letras, nacida de la antigua Escuela de Altos Estudios que reunió en su tiempo a los representantes más señeros del humanismo mexicano.

Por otra parte, la ampliación y diversificación de las actividades de la Universidad en su conjunto, al incluir la difusión cultural entre sus tareas principales, ha venido a ofrecer a los escritores nacionales (y a los numerosos hispanoamericanos y españoles que laboran junto a ellos) la oportunidad de desempeñarse en quehaceres afines a la creación literaria, como son la producción editorial, la radiodifusión, la cinematografía, la museografía, etcétera.

Más que una remuneración material privilegiada, lo que la



Universidad proporciona al escritor dedicado a la enseñanza de su propia disciplina es un conjunto de ventajas morales difíciles de encontrar en otros ámbitos probablemente mejor recompensados económicamente. Una de ellas es la posibilidad de trabajar en una institución de la mayor jerarquía cultural en el país; otra es la de vivir en contacto permanente con jóvenes que no sólo son sus alumnos, sino también sus lectores más interesados y exigentes; otra más, en fin, es la seguridad de una plena libertad de criterio y expresión en la cátedra y la investigación.

No estoy pintando una utopía (que por lo que la palabra misma significa es necesariamente inexistente), ni una torre de marfil que mantenga al escritor docente o investigador aislado de las realidades que son la materia prima insustituible de la mejor creación literaria. Si alguna vez la Universidad mexicana fue o aspiró a ser refugio erigido por encima de los aspectos más crudos y acuciantes de la realidad nacional, ahora más que nunca es imposible ese sueño de espíritus insolidarios o asustadizos. La

tantas veces mencionada —pero muchas menos veces analizada con la lucidez necesaria— *masificación* de la Universidad en nuestro país, ha tenido el efecto, positivo para mí sin duda alguna, de convertir a la institución en parte inseparable y en caja de resonancia de todos los problemas a que se enfrenta una sociedad en pleno proceso de crecimiento y cambio histórico. ¿Quién puede dejar de reconocer, a este respecto, la transformación operada en la composición social tanto del alumnado como del profesorado universitarios? A diferencia de lo que ocurría en tiempos todavía recientes, ¿no es cierto que la mayoría de nuestros estudiantes y no pocos de nuestros maestros no son ya hijos o nietos de universitarios, sino de obreros, artesanos y aun campesinos?

Esta realidad, que en un sentido muy evidente obliga a la democratización de la enseñanza para no hacerla perder su pertinencia social, genera también problemas que entrañan un verdadero desafío a los contenidos y las formas de esa misma enseñanza. ¿Cuál de mis

colegas en el Colegio de Letras de esta Facultad no se ha visto enfrentado al problema de explicarle el mundo de Marcel Proust, Thomas Mann o Jorge Luis Borges a un joven nacido y formado en Ciudad Nezahualcóyotl? No es imposible hacerlo, desde luego, pero para ello es necesario que el maestro, aunque no sea un hijo de la marginación social él mismo, sepa y comprenda lo que es ese fenómeno en su propio país. No se trata, por supuesto, de *rebajar* el nivel de la enseñanza de la literatura, sino de *enriquecerlo* con conocimientos que en modo alguno son ajenos al verdadero saber y a la auténtica cultura.

Digamos, para concluir lo que pretende ser tan sólo una incitación al estudio de un tema especialmente complejo y preñado de implicaciones, que el escritor-universitario de la Nacional Autónoma de fines del siglo XX tiene que ser, por imperativo histórico, un *zoon akademikon* muy diferente del de la Real y Pontificia del periodo colonial y aun del de la Nacional a secas de principios de nuestra propia centuria. ■

